

## FIN DEL TRAYECTO

Corría sin rumbo fijo en mitad de un campo repleto de girasoles, tan altos que apenas alcanzaba a divisar lo que habría delante de mí. Era un día soleado y parecía como si todos los girasoles supiesen la razón por la que corría en aquel perdido lugar, todos parecían seguirme a mí y no al sol. Radiantes y en todo su esplendor, aquellos girasoles no paraban de arañarme a cada zancada que daba al correr y al mismo tiempo un susurro reverberante en mi cabeza no paraba de animarme. Aquel día, hace ya meses, la mente me empujaba a algo que mi cuerpo no sabía cómo manejar. Al fin y al cabo era eso lo que me faltaba, valor y agallas para hacer aquello que llevaba tiempo planeando. Los segundos pasaban rápido a mi alrededor pero yo los sentía como una eternidad; largos y pausados.

Sin embargo ahora la situación era otra, la gente me miraba anonadada sin entender lo que iba a pasar en aquel mugriento vagón. Puede que realmente no fuese así y que simplemente se tratara de una sensación mía ya que yo era la única en todo aquel tren que sabía lo que estaba a punto de pasar. Alguna que otra mirada se entrecruzaba con la mía, pero sin duda la de aquella mujer me sobrecogió. Su aspecto era delicado, vestía de verde y su pronunciado rostro repleto de arrugas y comisuras húmedas causaban rechazo. Rechazo a una etapa de la vida a la que mucha gente se resiste a llegar. Miedo a no quererse, a no sentirse útil y por supuesto a convertirse en lo que era aquella mujer; la viva imagen de la vejez, acercándose al final del camino. Inquietante, intensa pero sobre todo penetrante, parecía que aquella marchita mujer estuviese leyendo todos y cada uno de mis pensamientos. Nadie más en aquel vagón me producía tanta inquietud como ella. Sin embargo, yo llevaba tiempo fijándome, ¿pero que estaría pensando ella de mí? El simple hecho de pensar que aquella mujer estaba dentro de mi cabeza sabiendo cuáles eran mis planes me sobresaltó así que decidí retirar la vista.

El altavoz ya alertaba de la siguiente parada. Debía hacerlo rápido antes de que el vagón se llenase de más gente y todo acabara como en los anteriores meses, arrepintiéndome y dejándolo para otro día. Día tras día, intento tras intento, nunca pensé que terminar con el sufrimiento fuese tan difícil. Con lo fácil que sería recurrir a una sobredosis... ¿Por qué no en la bañera? pensé más de una vez. Poco original y propio de actrices, muy dramático, me decía a mí misma.

Notaba que mi cuerpo entraba en conflicto con mi mente y que se aferraba a aquella butaca del vagón. Los muslos me sudaban, apretaba las manos y hasta el anillo que llevaba en el anular podía deslizarse solo. A pesar de todo me puse en pie y dirigí mis pasos a la puerta más cercana. En ese momento una sensación de frío recorrió todo mi cuerpo y me detuve por unos instantes. Aún no tenía claro qué era lo que iba a ocurrir. Me agarré a una de las barras y comprendí por primera vez en meses que había llegado la hora de acabar con todo.

El paisaje avanzaba vertiginoso frente a mis ojos, solo alcanzaba a distinguir pequeñas farolas que alumbraban los pueblos. Parecían coches a toda velocidad sin una forma concreta ni definida. Simplemente oscuridad, luces y velocidad. Aquello me distrajo de mi propósito por unos instantes y empecé a analizar los botones que había junto a la puerta. El rojo del cierre tenía un color amarronado, propio de su poco uso. El verde de la apertura, sin embargo, tenía un aspecto degradado, con el centro más claro, ya que era el que los pasajeros pulsaban en cada parada. Un tono verde que me quería sonar, parecía que lo hubiese visto antes o recientemente y fue entonces cuando me acordé. Nadie más en el vagón se percató de mi presencia y mucho menos de que me había levantado, salvo esa mujer. Parecía que aquella octogenaria compartía la misma dimensión que yo, opuesta al resto de los pasajeros del tren. En ese momento me di cuenta, mi mente me engañaba y me obligaba a alejarme de mi objetivo. Todo eran ideas que me dispersaban y me hacían huir una y otra vez de la situación que estaba viviendo.

El sonido pasó a ser ruido, un ruido que mi mente convirtió en silencio, y ahí estaba yo, sola con mis pensamientos inundada en un mar de preguntas. Las puertas se abrieron poco a poco hacia los lados y con ellas el desmesurado tambaleo del tren aumentó. Silencio, no escuchaba nada, simplemente mi respiración y mi desesperada conciencia. Los frenos del tren comienzan a chirriar. Por un instante dudaba, una parte de mi mente deseaba sobrevivir; una mente que prefiere agarrarse al barrote de la puerta y no aferrarse al oscuro vacío. Sentí mi piel erizarse, mis manos inmóviles, pesadas, frías, todo mi cuerpo era un bloque, como si nunca hubiese tenido articulaciones. Me sentía torpe a cada paso que daba y el sudor frío corría por mi espalda, como regueros de lluvia en la ventana de un coche a toda velocidad.

El primer paso era firme, con ganas, decidido, seguido del segundo, que más que un paso, era un intento de recuperar el equilibrio en aquel estrecho pasillo. El tercero, sin embargo, fue vergonzoso, tímido, temeroso, como si no quisiese avanzar por el vagón. El cuarto... El cuarto tardó en llegar, y a vista de que el valor se me estaba agotando, decidí que el quinto fuese el definitivo, el más decidido de todos. Sobrecogida por lo que iba a suceder me dejé caer lentamente como en una escena a cámara lenta y llegó el momento de convertirme en un habitante más entre aquellas luces.

Fin del trayecto. Siento el olor de la locomotora, el frío acaricia mi cara, una lágrima recorre mi mejilla, despliego los brazos de mi cuerpo y recupero al fin la movilidad de mis dedos, cierro los ojos y como si de un amante se tratara dejo que me arrope la noche.

MAITE DEL ÁLAMO ALDANONDO

(Facultad de letras de la UPV/EHU)